

# RECENSIONES

**Avelino Martínez Rodríguez; *Pasión por la madera. 50 años de oficio*, Benavente 2009, 228 pp., ilustraciones.**

Avelino Martínez (1941-2008) fue, sin duda, el último artesano de Benavente –artesano en su ética y laboriosidad, artesano en el sentido preindustrial de la palabra- y así le definí en un artículo publicado poco después de su muerte (*La Opinión*, 16 de mayo de 2008, plana 2).

Maestro de la talla y la madera, llevaba mucho tiempo rumiando la elaboración de un libro que dejase constancia de su quehacer, de su buen hacer infatigable durante medio siglo, consciente de su falta de continuadores. Micrófono en mano gastó muchas horas en expresarlo, contarlo y sobre todo sentirlo, con la misma espontaneidad que siempre le caracterizó. A ello añadió cientos de fotos que resumen su actividad durante estos 50 años sin desmayo.

Avelino nunca tenía prisa, pero la muerte le sorprendió cuando el libro no era sino un proyecto, cuajado sí de información y emociones, pero imposible de llevar a las prensas. De ello se han encargado (parcialmente todavía en vida del autor, como se recuerda en el Cap. I *Mi nombre y mis propósitos*) algunos amigos: Juan Antonio Vega, Agustín Cuesta, César Fraile, José Luis Almanza y Luis Vega, que han hecho posible la edición del original cuya impresión ha corrido a cargo de Gráficas Cubichi de Benavente.

El libro se divide en dos partes, un registro biográfico y profesional, más XXII pequeños capítulos de texto y un

extenso (pero de ninguna forma exhaustivo) catálogo de obras de las distintas especialidades practicadas en el oficio: imaginería religiosa y profana, en madera (o marfil), restauraciones sacras y civiles, elementos –siempre refinados- de construcción (puertas, escaleras, ventanas etc.) y sobre todo mobiliario: taquillones, alacenas, trincheros, camas, sillas y sillones de inspiración barroca, mesas neorrenacentistas, vitrinas clasicistas, armarios, consolas, marcos y un sin fin de obra propia de un extraordinario ebanista.

La redacción, póstuma, salvo algunas entradas iniciales, escritas por los editores, está siempre en primera persona.

Formado desde los 11 años en un taller de ebanistería donde aprendió a dominar todas las técnicas de trabajo y acabado de la madera, a los 14 comienza a trabajar por su cuenta y a tallar, primero muebles, luego imaginería, siempre en el lenguaje clásico. Poco a poco el oficio acabó convirtiéndose en una pasión, la destreza con la gubia, el conocimiento y amor por la madera/s (su dureza, vetas, hebras y fibras).

Cuando un árbol muere, decía Avelino, entonces comienza su verdadera vida. La corta otoñal, el transporte por río y secado en castilletes al aire libre, sin premura, evitaba la merma o torsión de la madera, garantizando su proverbial longevidad; por desgracia hoy, se lamentaba, el mercado obliga a alterar estos procesos con las secuelas, de todos conocidas, de maderas torcidas y agrietadas.

Avelino trabajó toda clase de maderas, exóticas (palo rosa, envero, ébano, panga-panga, palo rojo, etc.) y del país

(castaño, cerezo, aliso, roble, boj y sobre todo nogal, su preferida), las talló, torneó, taraceó, encastró, lijó y patinó, deshiladas, esquijaradas, escofinadas, siempre a mano, con ese acabado a cera y nogalina que tanto le gustaba acariciar. Por distintos avatares también se afanó con el marfil y el carey (restauración de bargueños). En su taller sobrio y recoleto, orientado al Sur, con su patio de frutales y una parra, envirutado con gubias y escoplos aparentemente en desorden, oyendo, pero sin escuchar la radio, solo aunque hubiese gente, así trabajaba nuestro hombre.

Autodidacta, sólo conoció un método, el trabajo. No le preocupaba el tiempo como medida, criterio capitalista, ni la originalidad, en el sentido moderno del término, sino la perfección en el oficio, la *techné*, que dirían los griegos. Los

clientes no eran para él una abstracción económica sino una referencia personal, fieles unos, agradecidos, casi amigos, otros, “nuevos ricos”, pretenciosos y, en el mejor de los casos, simples pagadores. Maestro, pero siempre aprendiz, según dejó escrito, así se sintió siempre Avelino, que dedica un capítulo a su relación con aprendices, aficionados a la talla, y alumnos, entre los que destaca a Saturnino Prieto y Luis Vega, con quien casi al final de su vida, *luthier* improvisado, fabricó unas sonorísimas y muy bellas guitarras clásicas.

Se echa en falta, por fin, un pequeño diccionario con voces de la jerga profesional, algunas casi en desuso (por desconocimiento) en la industria carpintera de hoy: cheira, lambeta, barraje, escofina, sierra de pelo, atochar, esquierar, etc.

FERNANDO REGUERAS GRANDE